
El aborto en México

Marisa Belausteguigoitia

En diciembre del año pasado, en Chiapas, se aprobó por unanimidad la reforma de los artículos 134, 135, 136 y 137 del Código Penal, referentes a la despenalización del aborto. No es la primera vez que en Chiapas se legisla en torno a este problema. Desde 1938 se estipularon condiciones para interrumpir legalmente el embarazo. Esta vez sólo se ampliaron los motivos legales por los que es posible abortar: una adición de carácter general, para todas aquellas mujeres que en conciencia quieran acogerse a ella. Al darse a conocer públicamente la aprobación de la despenalización, se desató un fuerte debate, como es natural y deseable, en el que intervinieron muchos sectores. Uno de ellos, el sector religioso, encabezado por el grupo Pro-Vida, se manifestó con especial énfasis en contra de la despenalización. Los resultados de este debate sorprendieron a todos los que recordamos que vivimos en un estado laico: por recomendación del PRI la aprobación de la reforma a los artículos antes mencionados se derivó a la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Sucesos como el de Chiapas en diciembre pasado nos obligan a enfocar de múltiples maneras el tema del aborto. Es una verdadera lástima, pues esta es la primera valentía política genuina que se ha podido ver en muchos años en este país. Hasta ahora, había sido más que evidente la actitud ciega, inhumana y poco inteligente del alto clero, de los grupos como Pro-Vida y de un cierto tipo de moral social; ahora tenemos que incorporar una actitud político-burocrática de nuestros funcionarios y gobernantes. Lo que sucedió en Chiapas nos habla claramente del tipo de país en el que vivimos y de lo que podemos esperar de nuestros dirigentes.

Uno de los argumentos que más me sorprendió fue el esgrimido por el clero y Pro-Vida en relación con la cantidad de mujeres pobres

que "se lanzaron a la calle para gritar en contra de la despenalización". Las madres de esos niños, que nacieron bajo las leyes que protegen LA VIDA y la consumen, viven hacinadas en cuartuchos, violados y violadas por padres, hermanos, compadres. En México, a los pobres se les usa, nombra y maneja de manera totalmente arbitraria e irrespetuosa. Cuando se trata de omitir su verdadera voz (hay múltiples maneras de silenciar a los pobres) se los calla con palmaditas en la espalda, proyectos improvisados, promesas o amenazas. La palabra se les ofrece y se les dirige cuando se trata de fundamentar políticas, candidatos o medidas. Según algunos grupos religiosos, nuestros pobres hablaron, se manifestaron en contra de la despenalización, salieron a las calles no para demandar pan, salarios justos, elecciones honestas, oportunidades para sus hijos, sino para exigir y demandar tener todos los hijos que Dios les dé. En este país se alteran las estadísticas, las votaciones, las voces, los códigos, las leyes. Vivimos en un país de mentiritas.

Curiosamente, lo que se defiende a través de este polémico punto es la vida. Y como vamos a ver a continuación, la verdadera vida que se juega aquí es la de las mujeres pobres, las verdaderas afectadas con lo sucedido. ¿A quién en este país le interesa la vida de las mujeres pobres? Vamos despacio. Tenemos dos sectores en la polémica desatada en torno al aborto y en torno también a las consecuencias que provoca su penalización: el clero y el PRI. Conozco clérigos y grupos de religiosos que han dado gran parte de sus vidas por mejorar verdaderamente la condición de los miserables en México. Sé de grupos religiosos que también están luchando por cambiar la visión y el lugar de la mujer, tanto en la mentalidad como en la jerarquía eclesiástica; no se trata de afirmar categórica y absolutamente que el clero y la religión sean únicamente nocivos, pero lo cierto es que, en este punto, la alta jerarquía eclesiástica ha demostrado su soberbia, su avaricia, su poca capacidad de transformación, su desprecio profundo por la mujer y por la vida.

Veamos algunas cifras en relación con la situación socioeconómica de las mujeres que abortan en México:¹ 65% son mujeres casadas, 70% madres de numerosos hijos, con 8 a nueve embarazos previos; 86% católicas, aunque la mayoría declaró no ser practicante y desconocer las concepciones filosóficas del catolicismo, 76% son de bajo nivel económico, 27% viven en situación económica precaria. La decisión de abortar fue

¹Ruth González, "El aborto: un análisis de factores biopsicosociales", *Boletín del Instituto de Ingeniería, UNAM*, 1990.

motivada por: número excesivo de hijos (52-70%); muy bajos recursos (52-76%).

Hasta ahora no conozco ninguna mujer de clase media que se haya tenido que meter agujas o ganchos en el vientre o tomar tés o ir con una curandera. Las mujeres de clase media para arriba pueden abortar con el mismo riesgo que lo hacen las inglesas o las alemanas, en cuartos ocultos en la parte trasera del consultorio del doctor, tal vez a deshoras, pero prácticamente sin riesgo: anestesia, aspirador, recuperación, inyecciones que contraen la matriz para evitar cualquier infección, familiares, amigos, conocidos, palancas para cualquier emergencia.

Son las mujeres pobres las que mueren al abortar; ellas no tienen posibilidad de elegir el ginecólogo o el lugar; ellas tienen una sola opción, la más barata, la más a la mano, la más desesperada. En la información estadística más reciente, sólo el 3.7% abortó por legrado uterino; 48.7% utilizó automaniobras y 27.6% procedimientos empíricos. De 800 000 mujeres a 3 millones que abortan al año, unas 30 000 mueren y no son las que abortan por el método de aspiración.

La despenalización del aborto nos favorecería a todas las mujeres; a las que no comulguen con esta idea, la ley no las obliga. Creo que la experiencia de abortar es muy traumática aún con cirujano, cama, anestesia y aspiración. No creo que ninguna mujer aborte a la ligera. También creo que las estadísticas, aun alteradas, hablan: que una mujer abortará con castigo o sin él. La despenalización del aborto evitaría sufrimientos y peligros.

Me parece que lo verdaderamente inhumano es permanecer imperturbable, intransigente ante la muerte de mujeres por abortos mal aplicados. Quienes se oponen a la despenalización esgrimen el argumento de que nos falta educación; creo que han equivocado la palabra. Si verdaderamente se refieren a la educación, ésta implica respeto, libertad, capacidad crítica, elección personal, interpretación inteligente y creativa de biblias, de constituciones y de códigos: no creo que lo que ellos entienden como educación sea esto, puede ser que hablen de una domesticación (y no en el sentido del *Principito* de Saint Exupery) sino de una sumisión a reglas, leyes y lecturas ya establecidas. ¿Cuántas mujeres deberán morir antes de que cumplan con su tarea de someter a las mujeres del mundo entero?

Me parece además que algo falla gravemente dentro de esta moral, si pensamos que el 86% de las mujeres que abortan son católicas. La iglesia es incapaz de hacer respetar sus leyes, incapaz de convencer en este punto y en otros muchos, y también incapaz de transformarse. Frente a esta incapacidad de convencimiento (venceréis, pero no convenceréis), la iglesia pretende incorporar sus normas morales, por esencia y por lógica voluntarias, a las leyes de los códigos penales. Y todo esto en un estado supuestamente laico.

La gente de bajo nivel socioeconómico en México toma la religión de manera muy especial. Esto tiene que ver con dos cuestiones principalmente: la primera se relaciona con la incapacidad de los portavoces de la iglesia para hacer respetar sus leyes y filosofías, y la otra se relaciona con la manera simbólica de asimilar un lenguaje religioso en un país con tantas raíces y una historia particular de fusiones y con-fusiones: mucha gente no se casa, aunque sí bautiza a sus hijos, lo que más desea es que haya una iglesia en su pueblo, pero oye al padre como quien oye llover; no entienden sus ritos y menos el latín. La religión y sus leyes son asimiladas parcialmente.

¿Quiénes fueron los ganadores y quiénes los perdedores al derivarse esta nueva ley a la CNDH? Los ganadores fueron las agujas, los tés, los curanderos y cirujanos de medio pelo, las ganadoras fueron las matrices perforadas, las infecciones y la muerte. Las perdedoras somos todas, todos, y principalmente las mujeres pobres.

Más desoladora aún que la actitud del clero —por lo menos ellos defienden abiertamente sus intereses— fue la de nuestro gobierno y la de las mujeres que están adentro de nuestro gobierno, esas güeritas guapas y bronceadas que salen en la tele cada vez que el PRI se anuncia (es interesante señalar el cambio publicitario de imagen que quiere dar el PRI a partir de la presentación de sus mensajes de niñas y niños bien) ¿Donde abortarán las mujeres del PRI y las mujeres de los hombres del PRI?

Durante el debate sobre el aborto opinaron muchos sectores: sacerdotes, feministas, médicos, políticos y politólogos, amas de casa, entre otros. Hubo un sector que no abrió la boca: el PRI (solamente habló Santiago Oñate, quien precisó que el aborto no es un problema de derecho sino de conciencia nacional). ¿Qué piensan Colosio, Silvia Hernández, lideresa de la UNE y la mujer con mayores responsabilidades en el PRI?, ¿y el sector dirigente, sindicatos, diputados, senadores?

El silencio de partidos y asociaciones fortalece a los sectores más conservadores. Fue y es tan cerrado este silencio, que ni siquiera después de que Fernando Gutiérrez Barrios indicó que es posible la realización de una consulta nacional sobre el aborto, los dirigentes priistas han decidido asumir como suya la propuesta del Secretario de Gobernación. El PRI tomó como actitud política el ponerse rápido a salvo del debate.

Retomo aquí la pregunta que se hizo Jorge Fernández en su artículo del 3 de enero en *Unomásuno*: ¿Tan difícil resulta para algunos de los militantes y dirigentes del PRI enfrentarse a una iglesia católica —y a los organismos ultraderechistas que la rodean— que ni siquiera pueden desmentir la estupidez denunciada por Pro-Vida de que la legislación del aborto es una medida impuesta por el Banco Mundial? Además de la sorprendente declaración de que fueron los pobres los primeros en salir a las calles a defender su derecho al hacinamiento, a la miseria, a la violación, tenemos ahora que todo esto es un conflagración de oscuros o claros intereses de una política antinatalista de los países hegemónicos. En este terreno de los argumentos y declaraciones sorprendentes o estúpidas, como las llama Jorge Fernández, tenemos otra hecha por algún clérigo importante: la penalización del aborto es una medida para dominar los instintos primitivos del hombre. ¿A qué instintos primitivos se refiere?, ¿será tal vez al instinto primitivo de la sexualidad?

Creo que estas posturas o medidas a partir del dominio de los instintos responden a dos cosas: a una ignorancia flagrante de la naturaleza indomable de las pulsiones sexuales y a la imagen y concepto que tienen de la mujer. Dominando las pasiones de ésta, sus bajos instintos, a partir del miedo y la culpa, no de la inteligencia, se pretende eliminar prácticas como la del aborto. ¿Qué está en juego? Ciertamente no los intereses del Banco Mundial o las políticas antinatales de los países hegemónicos, sino un cambio en la idea, en el concepto de mujer en la sociedad, en la mentalidad y en la práctica. El problema de fondo que está en juego es el de la mujer, el del concepto de mujer más allá del de ser Evas, Pandoras, Helenas, Coatlicues, Hécatas, Medeas, Gorgonas Medusas, que salpican los males por el mundo; sino mujeres que además de despertar deseos y destapar ánforas y provocar guerras y convertir hombres en piedras y matar y desolar que no es asunto femenino sino, en todo caso del género humano, pueden decidir, pueden pensar en el difícil asunto del aborto con los menos fantasmas y miedos posibles, con la menor culpa posible.

Necesitamos hombres y mujeres que dejen de estar amedrentados por la culpa y utilicen profundamente su inteligencia. Necesitamos también un estado verdaderamente laico, capaz de sostener sus decisiones en un ámbito constitucional. Necesitamos también un clero que, en todo caso, defienda con la misma vehemencia que defiende el aborto y con él la vida, las otras esferas en las que la vida está en juego: matanzas de campesinos, corrupción, las injusticias que sufren, sobre todo, los más pobres. El Alto Clero y el PRI nos demostraron durante este debate cuándo y cómo actúan. Ambos alternan griteríos y silencios según les conviene. Ninguno de los dos es consistente con una idea de vida y de denuncia contra lo que la consume.

Creo que nadie puede estar a favor del aborto en sí mismo, pero nadie, tampoco, puede estar a favor de la muerte, de la pobreza, de la desesperación. Una de las consecuencias de la despenalización del aborto sería ofrecer condiciones seguras y dignas a las mujeres que arriesgan y seguirán arriesgando su vida, con penalización o sin ella.